

## *Ungidos por el Espíritu Santo*

Al comenzar un nuevo año nos deseamos todos lo mejor para el año que comienza. Hemos tenido oportunidad de dar gracias a Dios por lo mucho recibido en el año pasado, de pedir perdón a Dios y a los demás por los dones desaprovechados o mal empleados, y de pedir a Dios nuevas gracias para la etapa del nuevo año. “Que el Señor nos muestre la luz de su rostro y nos dé su paz”.

Nos acogemos a la misericordia de Dios, que nos ama perdonándonos, y confiamos en su providencia, que nunca se equivoca. Emprendemos esta nueva etapa con ilusión y entusiasmo. Dios quiere hacer obras grandes en nosotros y con nosotros. Y es momento de volver a las tareas ordinarias con ánimo renovado.

La fiesta del bautismo del Señor señala el comienzo de su ministerio público. Solidario con los pecadores, Jesús entra en el Jordán para ser bautizado con un bautismo de penitencia, el bautismo predicado por Juan, que no perdonaba los pecados, sino que preparaba para recibir al que tenía que venir. Jesús, el Santo de Dios, baja hasta lo más profundo de la tierra para dar a entender que ha venido a buscar a los pecadores, a los que están alejados de Dios y hundidos por el peso de sus pecados.

Al llegar a aquel lugar de penitencia, Jesús es descubierto por Juan el Bautista, que lo señala ante los pecadores arrepentidos como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, porque carga con todas nuestras miserias. Jesús no ha venido simplemente para arreglar algunos aspectos de nuestra existencia humana, para mejorar nuestro estado de bienestar. Su misión se sitúa en la raíz de nuestra perdición –el pecado- para tomarnos sobre sus hombros y llevarnos a la casa del Padre, para hacernos hijos de Dios. Su actuación sobre nosotros no es barniz exterior, sino que es cuestión de vida o muerte, y de vida o muerte para toda la eternidad.

La voz del Padre nos lo presenta como su Hijo amado, aquel en quien el Padre tiene puestas sus complacencias. En un plató tan singular –entre pecadores- Jesús aparece como el amado del Padre, lleno de gracia y de verdad. Es ungido por el Espíritu Santo, es decir, envuelto en ese amor del Padre en el que vive como Hijo desde la eternidad. Amado del Padre, el Padre nos lo presenta para que sea amado de los hombres, el amado de nuestras almas.

Jesús, Ungido por el Espíritu Santo, entra en el agua. Una antorcha encendida, si entra en el agua, se apaga. Sin embargo, el fuego del Espíritu Santo que inunda a Jesús no se apaga al entrar en el Jordán, sino que le confiere al agua la capacidad de incendiar al mundo entero, de transmitir una nueva vida, que brota del costado de Cristo. El agua santificada por Jesús en el Jordán se convierte en elemento transmisor del fuego del Espíritu Santo para hacer renacer del agua y del Espíritu a todos los que reciban el bautismo instituido por Cristo. El bautismo de Jesús en el Jordán señala el comienzo de nuestro propio bautismo, por el que se nos perdonan los pecados, nacemos a una nueva vida de hijos de Dios y por el fuego del Espíritu Santo nos convertimos en hijos amados del Padre.

En esta fiesta del bautismo del Señor, y precisamente el 9 de enero de 2005 –hace seis años- recibí la ordenación episcopal por la que el Señor me transmitió la plenitud de su sacerdocio. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado

para dar la Buena Noticia...”. Orad por vuestro obispo para que hoy y siempre el fuego del Espíritu Santo me haga arder y me convierta en una prolongación de Cristo buen pastor para todos los hombres.

Con mi afecto y bendición:

+ *Demetrio Fernández, obispo de Córdoba*